

BIBLIOTECA NACIONAL



0454330

BIBLIOTCA NACIONAL DE CHILE.



Volúmenes de esta obra.....

9

Tabla en que se encuentra.....

32

Orden que en ella tiene.....

15

LCH 165

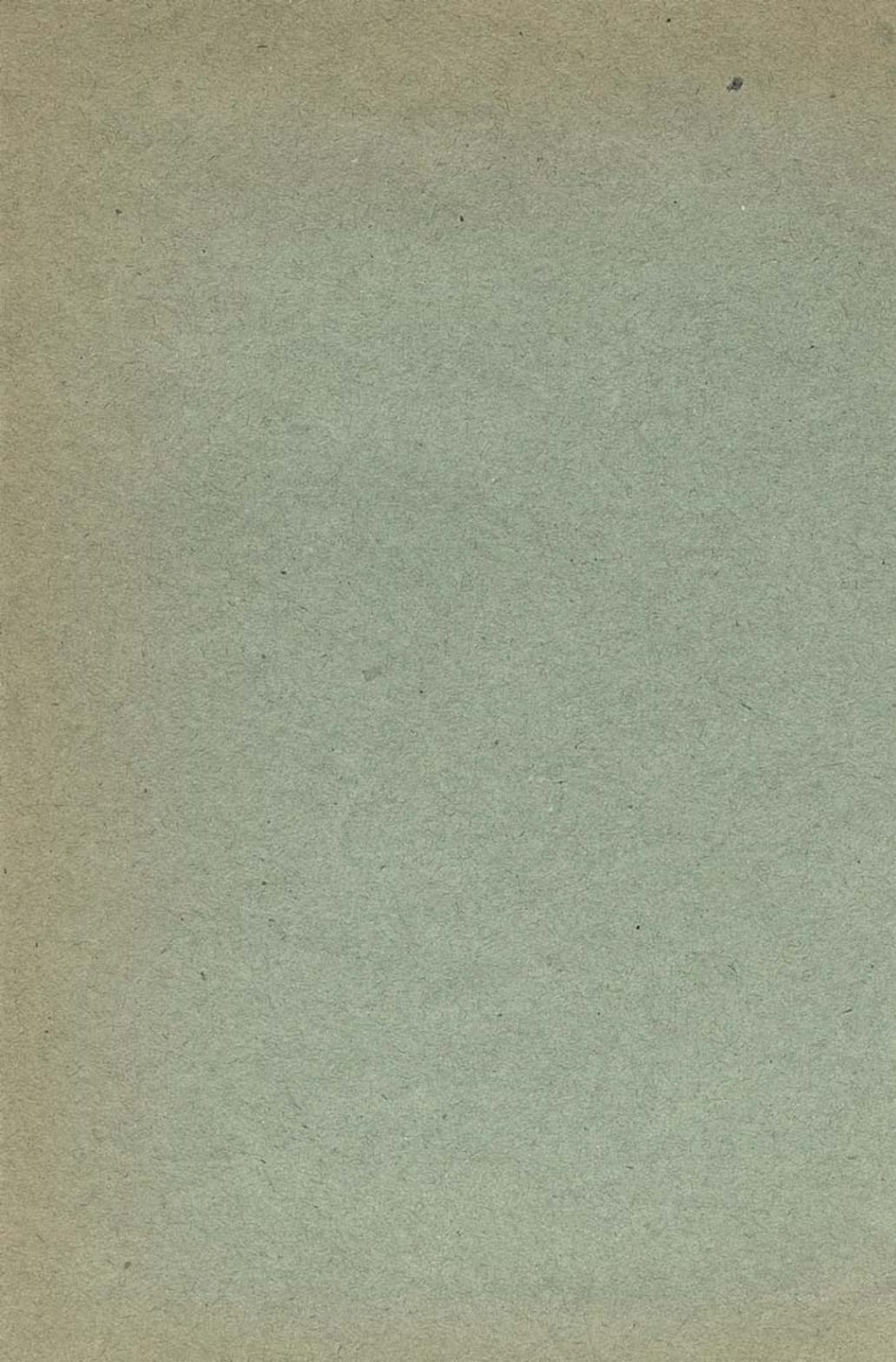
R: 0474

INDICE

- 1.- Conferencia sobre la influencia del arte dramático en la civilización. AA 8104 ✓
- 2.- El falso arte. AA 8110 ✓
- 3.- El poema de un padre. /Santiago Escuti Orrego. AA 8113 ✓
- 4.- Edilio Aleman. ¡Todo se ha concluido!... /E. Velsué. AA 8118 ✓
- 5.- La araucanía. Una escursión de verano de Anglo a Villarica y Valdivia. /P. Nolasco Préndez. AA 8122 ✓
- 6.- El lujo de las santiaguinas o el gaileto chileno. /R. Fernandez Montalva. AA 7267 ✓
- 7.- Artículos publicados en la lectura. /José Antonio Pérez. AA 8132 ✓

9
(32-15)

9(32-15)



Este vol. consta de 7 piezas, i son como siguen:
70-Negro

- 1.^a Conferencias sobre el arte dramático en la civilización &c. — 1885, imp. Cervantes, Santiago.
- 2.^a Miralles (Francisco). El falso arte, 1886, imp. Victoria, Santiago.
- 3.^a Esuti Orrego (Santiago). El poema de un padre &c. 1881. — 1884, imp. Cervantes, Santiago.
- 4.^a Velsuei (E.). Idilio alemán. (Recuerdos de Hoffmann). ¡ Todo se ha concluido. — 1885, imp. del "Universo", Valparaíso.
- 5.^a Prender (Pedro M.). Una excursión de verano de Angol, a Villarrica i Valdivia en los primeros meses de 1883. — 1885, imp. de "La Patria", Valparaíso.

6.^a Fernandez Montalva (R.). El lujo
de las Santiaguinas o el galateo chile-
no. — 1884, imp. Victoria, Santiago.

7.^a Perez (Sr. Antonio). Articulos publi-
cados en "Lectura" (Apuntes Biográ-
ficos de M. Pasteur, Benjamin Fran-
klin. La invencion del Parayos B. —
1884, imp. "Cervantes", Santiago.

Fin.

R. FERNANDEZ MONTALVA

AA77267

EL LUJO DE LAS SANTIAGUINAS

o

EL GALEOTO CHILENO



SANTIAGO

IMPRENTA "VICTORIA," de H. IZQUIERDO i Ca.

73—Calle de San Diego—73

1884

THE HOUSE OF THE SABBATH

BY CAROLINE CHILDS

EL LUJO DE LAS SANTIAGUINAS

O

EL GALEOTO CHILENO

I

*Opes iritamenta malorum. Las rique.
zas estimulan los vicios.*

¶ Todos vemos el lujo asiático que ha estendido sus alas sobre nuestra capital, y todos conocemos las grandes sumas de dinero que se gastan ó *derrochan* para mantenerlo. "

El destino santo, puro y noble de la mujer, es, segun nuestras damas, no pensar sino en diversiones, no estudiar otra cosa que cuáles son los jéneros de moda, cuáles las alhajas mas ricas y costosas, y por último, cuáles los medios mas seguros y

veloces de *botar* el dinero, no cuidándose de si esto lleva ó nó consigo la ruina de sus padres ó maridos.

El papel que la mujer chilena debe representar en el vasto proscenio de la vida, es el de un objeto de *lujo*, el de una *estrella* que hiera la vista con su brillo, aunque este brillo sea el de esas piedras falsas que se quiere pasar por verdaderas.

¿Acaso la mujer debe concretarse al cuidado de sus hijos, á mantener el orden y la economía en la familia, á poner todos los medios de su parte para llegar á ser una verdadera dueño de casa, una perfecta casada?

¡Nó, señor! Preguntad á nuestras damas y también os dirán: nó, mil veces nó!

¿Cómo? Esas manos pequeñas y perfumadas, de cutis suave cual el terciopelo ¿han de manejar una aguja en vez de anillos con brillantes de inmenso valor?

Esos ojos de lánguido mirar ¿han de estar pendientes de las enfermedades, de las costumbres, de la educación de esos seres inocentes que han menester consejos y gobierno para conocer y seguir por el verdadero camino?

¡Nó! ¡Para la costura hay bastantes costureras, para cuidar niños hay bastantes sirvientes y para educar á la juventud, bastantes colejos!

No por esto quiero decir que la mujer debe encerrarse en su casa como en un claustro, nó, sólo que no debe entregarse única y exclusivamente á los placeres del Gran Mundo, y que debe disfrutar de ellos cuando los quehaceres de la familia le den tiempo.

En medio de los charcos, se encuentran á menudo muchas gotas de agua, puras y cristalinas.

En nuestra sociedad existen también verdaderas madres, ejemplares esposas, que hacen el papel de

firmes rocas en medio de una corriente rápida y enturbiaada.

¡Honor á ellas, que han comprendido cuál es el verdadero destino de la mujer!

¡Ojalá que estas rocas produzcan un *remanso* y que la corriente detenida, envíe al fondo del cauce las materias que la enturbian, dejando ver solamente el agua pura, fresca y cristalina!

La siguiente historieta, probará á los que la lean, cómo un hombre de bien, un joven juicioso, honrado y trabajador, dueño de una no despreciable fortuna, fué reducido á la miseria, casi á la deshonra, por este pequeño, pero temible Galeoto, á quién hemos dado el nombre de Chileno, para distinguirlo del Gran Galeoto, es decir, de toda la humanidad.

Millares de personajes se verán retratados en ella.

II

Sucede que un día, Alfredo, nuestro héroe, en uno de los paseos que visita muy de tarde en tarde, porque conoce el valor del tiempo perdido, encuentra una niña hermosísima, de rasgados y melancólicos ojos azules, de cabellera rubia, elegantemente vestida y que fija en él sus miradas de una manera preferente.

Alfredo siente que la desconocida despierta en su corazón un algo celestial, dulce y embriagador, que no se puede explicar y que nunca hasta el momento ha sentido. Pasa tres ó cuatro veces al lado de la joven, con la vista fija en su mirada, y luego se retira á su casa con la mente llena de mil pensamientos, que nunca había sospechado tuvieran cabida en él, y con el corazón ardiente y palpitando más de lo acostumbrado.

La imagen de su desconocida lo persigue sin cesar, sin que logre olvidarla, ni con la lectura de uno de sus autores favoritos, ni con la contemplación del hermoso cielo y espléndido panorama que se divisa por una de las ventanas de su escritorio.

Llega la noche y el sueño huye presuroso de su lecho, dejando en su lugar, un insomnio lleno de visiones, de esperanzas, de encantadoras imágenes y de los caracteres todos del primer amor.

El alma joven, noble y sencilla, cuando es habitada por primera vez por ese sentimiento divino, por ese fuego sagrado que refunde en uno á dos seres, dos corazones, se torna demasiado egoísta.

Olvida todo lo que la rodea, se reconcentra en sí misma á solas con su amor, como si tuviese miedo de perderlo para siempre, y en esos momentos solo piensa en el Dios de Abelardo y Eloisa, y á él solo lo desea, y á él solo adora!...

III

Al día siguiente, Alfredo, espera con ansias que llegue la tarde, pues, algo le dice que en el mismo lugar en que le vió por primera vez, volverá á encontrar á su desconocida.

El sol no se mueve en el espacio, y nuestro joven, para quién el tiempo ha andado siempre con la velocidad del rayo, encuentra que los minutos son días y las horas, siglos.

Nada tiene mas lentitud que el tiempo, cuando se espera.

El término, angustiosamente aguardado, llega por fin, y Alfredo, con su traje mas elegante, es uno de los primeros en llegar al paseo.

Su rostro tiene la palidez del mármol y sus ojos, el brillo de la fiebre.

Con mirada inquieta recorre todas las avenidas del paseo, fijándose en cada una de las niñas que van llegando.

Su inquietud, su andar, ya acompasado y lento, ya desordenado y veloz, llama pronto la atención de uno de sus amigos, llamado Miguel.

—Alfredo, le dice éste, ¿buscas á alguien?

—Sí, contesta el jóven con voz entrecortada por el cansancio.

—Díme quién es, para ayudarte á buscarlo.

—Es inútil, tú no lo conoces, y Alfredo cuenta lo que le pasa, y su amigo le escucha al parecer con tristeza.

De pronto, Alfredo, se estremece, se retira de su amigo, apura el paso, se detiene y por último queda inmóvil, como clavado en el suelo.

Una joven, su hermosa desconocida, penetra en ese momento en el paseo, del brazo de un caballero anciano.

Miguel se le acerca y le dice:

—¿Es esa la niña que te ha enamorado?

—Esa, contesta Alfredo, con voz apagada. ¿Sabes quién es?

—Hace cinco años que la conozco.

—Ah! esclama el joven con alegría. Y al cabo de un instante continúa:

—¿Cómo se llama?

—Rosa, y su padre, que es el caballero que la lleva del brazo, es don Alejandro de C.

—¿Puedes llevarme á la casa?

—Sí, pero no te aconsejo que vayas.

Alfredo lo mira sorprendido.

—¿Porqué? pregunta.

—Porque tú no eres millonario para poder casar-

te con esa joven: esa joven pertenece á la aristocracia del *lujo* y del dinero!

IV

Pasa algun tiempo, y un día, Alfredo, es presentado en la casa de su amada por uno de sus amigos. Miguel le ha dicho que no lo presenta, porque no quiere que más tarde pueda culparlo de su desgracia.

Una noche declara su amor á la joven y sabe que su amor es correspondido.

Loco de contento se dirige donde su íntimo amigo y compañero de colejio; el juicioso Miguel.

—Vas á hacerme un gran favor, un favor que te agradeceré toda mi vida, le dice sin saludarlo.

—Segun y conforme, amigo, Alfredo, contesta éste; dime de que se trata y si puedo servirte me tienes á tu disposición.

—Vas á ir á la casa de don Alejandro y pedirás para mí la mano de su hija Rosa.

Miguel mueve la cabeza.

—Me es imposible, amigo.

—¿Imposible? Y ¿porqué?

—Has pensado en las consecuencias que puede traerte ese matrimonio?

—Hacer mi felicidad por toda la vida.

—O hacer tu desgracia.

—¿Mi desgracia? grita Alfredo retrocediendo, ¿mi desgracia? Estás loco, Miguel!

—De ninguna manera. Creo que nunca estaré mas cuerdo que en este momento.

—Pero ¿en qué te fundas para decir que este ma-

trimonio, en lugar de ser la dicha mas completa para mí, como lo será, puede traerme la desgracia?

—Tú tienes una fortuna no despreciable, que te dejaron tus padres al morir.

—Sí.

—Piensas vivir aquí en Santiago con tu novia.

—También es cierto.

—Y crees que con tu fortuna y el dinero que pueda traer Rosa como dote, crees, digo, que puedas vivir durante algun tiempo, llevando el jénero de vida que Rosa te hará llevar? Tu novia, una joven criada en el Gran Mundo, en medio de todos los placeres, de todos los gastos, no tardará, amigo, en sumirte en la miseria, y lo que será peor todavía, en marcar tu frente con la deshonra, porque quedarás lleno de deudas que nunca podrás pagar. ¿Sabes tú lo que gasta una mujer? Acaso no has oido hablar de esas grandes fortunas, desvanecidas como el humo, fortunas que un marido inocente ha puesto en manos de su esposa? O piensas, tal vez, vivir con tu Rosa, en un rincón de Santiago, alejados de esos goces efimeros, de esos gastos presuntuosos y ridículos, hacer que tu esposa lleve una vida modesta con relación á tu caudal, que no piense en modas, en joyas y brillantes, en teatros, ni carreras, ni en bailes? Pues, si tal deseas ¿á qué te casas? Ignoras que el lujo, ese lujo que hace de Santiago un abismo abierto á todas las fortunas, por grandes que ellas sean, forma una parte integrante, esencial, de la vida de nuestras damas? No comprendes que Rosa, separada de él, será desgraciada? Acaso quieres la desventura de esa joven, en vez de su completa felicidad? Piensa bien en mis palabras, y piensa que cuando llegue el día de la realidad fría y desnuda, será ya demasiado tarde. Creo haberte dado pruebas, Alfredo, de que estimo bastante tu persona y tu

amistad, para labrarte con mi propia mano la desgracia. Hoy como amigo, como un ser que desea tu felicidad, á la cual sois merecedor, te digo con la certidumbre de la verdad: Alfredo, no te cases con Rosa, olvídala!

—Jamás! esclama, Alfredo, levantándose.

—Entónces, dice Miguel, con una voz tan triste como si saliese de una tumba, vé á buscar otro amigo que te precipite en el abismo, que pida para tí la mano de Rosa. Mañana no seré yo el culpable.

—Está bien, Adiós! contesta Alfredo, tomando su sombrero y saliendo.

—Pobre, amigo, murmura Miguel. Ojalá me equivoque!.....

V

En el corazón como en el océano se desencadenan tempestades horribles.

En ellas, el alma desfallece, el aire parece faltar á nuestros pulmones, las lágrimas asoman en nuestros ojos y la llama de la vida parece apagarse lentamente, como la lámpara de un templo cuyo aceite ha concluido.....

Alfredo cuando se vé solo en la calle, principia á andar sin rumbo fijo y sumido en profunda meditación.

Las palabras de su amigo, resuenan sin cesar en sus oídos.

La noche negra y tempestuosa que ellas le auguran como su porvenir, se presenta á su vista con colores fantásticos y sombríos.

La duda se apodera de su corazón, y una tempestad muda y terrible al principio, pero llena de

ruidos infinitos después, principia á desencadenarse en su pecho.

En medio de ella cree verse desgraciado, cree verse huyendo de multitud de hombres que lo persiguen con papeles en la mano.

Alfredo siente el helado soplo de las tumbas azotar su rostro, y ajitar sus cabellos.

Rosa desaparece de su vista, y en medio de todos los horrores del huracán, vé levantarse pura y tranquila la imagen de Miguel, que le recuerda sus palabras y le muestra en lontananza el porvenir de ventura que, siguiéndolas, le aguardaba.....

Pero de pronto se presenta su amor, un amor intenso, volvánico, que embriaga todos sus sentidos!

embriaga

Entonces lo olvida todo.

Su amor disipa la tempestad y la imagen hermosa y adorada de Rosa, con la sonrisa en los labios y presentándole su mano al pié de los altares, se ofrece á su mirada.

Mira á su alrededor y vé que se halla frente á la casa de don Alejandro.

Sube, habla con él, pide la mano de su hija, y ella le es concedida.....

Fuera de sí, loco de alegría, Alfredo se dirige á su habitación.

¡El sacrificio ~~está~~ consumado!

estaba

VI

Un mes después, Alfredo y Rosa suben al altar y sus destinos quedan unidos para siempre.

Un inmenso número de amigos presencia la ceremonia, y acompaña hasta la estación á los novios que ván á pasar la luna de miel en *Viña del Mar*.

a La felicidad sonríe de la ~~manera más voluptuosa~~ para Alfredo, quién en medio de su májico delirio y ventura, olvida completamente las palabras y la persona de su amigo Miguel.

Se encuentra por fin, nuestro joven, en el Edén terrestre que ha soñado.

Algunos días más tarde, vuelve á Santiago.

El néctar delicioso y embriagador del placer no tiene término y aumenta más y más, mientras más se bebe de él.

El acíbar oculto en el fondo de la copa no se sospecha aún, pero necesariamente tiene que llegar el turno de la realidad fría y desnuda, fin último de la realidad primera y celestial.

Poco á poco, Alfredo avanza hácia ella, embriagado de dicha.

El tiempo corre veloz en las horas del placer.

Nuestro joven no divisa en su horizonte ni la más leve nubecilla, cierto es también que su vista fija en el presente, en algun momento de descuido solamente, se dirige al porvenir, y entonces lo mira sin verlo!

VII

—Vamos al Teatro, Alfredo. Esta noche dán la *Africana* que es mi ópera favorita.

—Vamos, Rosa.

Una hora después:

—Un palco de primera.

—No hay ninguno, señor.

Alfredo vuelve al coche donde está Rosa, y le dice:

—No hay palcos, iremos á sillón.

—Nó, nó, jamás! Vámonos á casa.

Ambos vuelven silenciosos.

Un día se lee en los diarios de la capital, que á tal hora se rematará el derecho de llave á los palcos del Municipal.

—Alfredo, te diré que puedo pasar sin ir al teatro, pero.....

—Te comprendo. Iré todos los días á primera hora para comprar un palco.

—Y ¿si no encuentras?

Alfredo mira el diario y vé la mano de su esposa apoyada sobre un aviso.

Lo comprendo todo y sale.

Tres horas después, Rosa puede ir todas las noches al teatro, sin cuidarse de si habrán ó nó palcos en venta.

—

—Mañana hay un gran baile en casa de la Fulana.

—Iremos, Rosa.

—Pero, yo no tengo vestido.

—Y el de seda, el de raso, el de terciopelo.....

—Ninguno me sirve, será necesario mandarme hacer uno.

—Pero ¿dónde? tán lijero.

—Donde Prá, pues, Alfredo.

—

Un cuarto de hora después.

—Puede hacerse un vestido de baile para mañana á las 5 de la tarde?

—Sí, señora.

—¿Cuánto costaría, de este jénero, con estas blondas, etc. etc?

—Quinientos pesos más que ménos, señor.

—Hágalo, pero que esté en casa á las 5 en punto, dice Rosa.

—¡Qué brillante tan lindo!

—Debe costar mui caro.

—¿Preguntemos?

Alfredo y Rosa entran á la joyería.

—¿Qué vale el brillante engastado en una diadema, que se vé en el muestrario?

—Cinco mil pesos, señor.

—¿Puede permitirme verlo?

—Como nó, señorita.

Traen el brillante y Rosa lo examina.

—Cómpramelo, Alfredo, mira que no tengo con que ir esta noche al teatro.

VIII

Y creemos que basta.

Alfredo en algunos meses ha gastado ya, toda su fortuna. Le queda solamente el dinero que Rosa ha traído como dote.

¿Saben nuestros lectores, lo que es el teatro? ¿Saben lo que se gasta para ir á él?

Uno de nuestros amigos decía en vez pasada, en una noche que había asistido regular concurrencia á ver la *Traviata*.

—No quisiera más fortuna que lo que se ha gastado para venir al teatro esta noche!

Un conocido cónsul extranjero dijo en cierta ocasión.

—He estado en todas las carreras más célebres de Europa, pero en ninguna he visto el lujo que se vé en las de Santiago.

Salir al comercio, ir á un baile ó tertulia, es ver millones, en vestidos, joyas y brillantes.

Todo cuanto la riqueza, el lujo y el artificio han descubierto en materia de adornos para la mujer, tiene en nuestro país, un campo vasto, fértil y labrado, donde sembrar sus semillas con la certidumbre de la más próspera cosecha.

La jóven santiaguina, considerada como un deber imprescindible de su parte, el asistir á todos los placeres del Gran Mundo.

Para cada uno de estos paseos tiene necesidad de vestidos y joyas distintas: muchas veces, quizás la mayor parte de las veces, si asiste á uno de estos paseos, no es para procurarse un momento de alegría, sino para darse *tono*, es decir, para *lucir* esas riquezas, que segun su modo de pensar, aumentan su hermosura y sus atractivos...

Un día se encuentra, Alfredo, con multitud de deudas.

Debe al joyero.

Debe á la modista.

Debe al tapicero.

Debe, en fin, á todos los que proporcionan un abismo para el dinero, y mil adornos para estimular la ambición y el amor propio de nuestras damas!

IX

Miguel, casado con una jóven, criada lejos del lujo asiático de Santiago, vive tranquilo y feliz.

*¡Qué grandes! A propósito de lecturas,
carreras
No deja de
ser original*

Su esposa no piensa ni en joyas, ni en teatro, ni en bailes; se contenta con vivir al lado de su esposo como una verdadera dueña de casa, como una perfecta casada, como una mujer, en fin, que conoce y pone en práctica sus deberes, que conoce el verdadero y santo destino de la mujer.

Luisa, que tal es su nombre, hace el papel de una gota de agua pura y cristalina, en medio de un lodazal inmundo; el de una roca firme y vigorosa, en medio de una corriente rápida, enturbiada y fétida...

¿Qué es el lujo, qué la riqueza?

Descorred ese velo de púrpura y de oro y encontrareis solamente allá, en un campo solitario, un cadáver roído por gusanos, un pedazo de mármol que lleva vuestro nombre, y que todo no tardará en desaparecer, bajo las plantas del tiempo, quedando solo, brillante y espléndida, la cruz del Redentor!

Uno de estos últimos días, Miguel ha recibido la siguiente carta.

Leedla, lector, pues ella encierra una enseñanza.

X

Querido amigo, Miguel.

Yo fuí criado por magníficos y ejemplares padres, que con sus consejos y su ejemplo, supieron arraigar en mi corazón las costumbres más sanas, y en mi alma las más santas creencias.

Pensando solo en mis estudios pasé la primera parte de mi vida.

A los veinte años perdí á mis padres y quedé solo en el mundo.

A los veinte y cinco años me casé.

Tuve la desgracia, esta es la palabra verdadera, de encontrarme con una joven, enamorarme de ella, ser correspondido y casarme.

Yo la amé con toda la fuerza con que puede amar un corazón humano que ama por la primera y por la última vez.

Fué también una desgracia para mí, amar de esta manera.

Tú sabes que cuando un árbol ha crecido inclinado hácia la tierra, es imposible enderezarlo, cuando ha hechado hondas raíces en el suelo.

La mujer criada hasta los veinte años entre el lujo desenfrenado y los placeres del Gran Mundo, de la sociedad de Santiago, es imposible que siga un camino distinto del que ha seguido.

La mujer con quien me casé era una mujer hermosa.

Era hija única de padres millonarios.

Era también hija del mundo, y no podía ser separada de él, como no puede separarse la hiedra del alto pino, que abrazada á su tronco, la eleva sobre la tierra.

Cortad el pino y la hiedra morirá.

Algunos meses después de mi matrimonio estaba completamente arruinado.

Pensé pagar con el dinero que mi mujer había traído como dote, pero un día me encontré viudo.

Entonces el padre de esa joven que había hecho la desgracia de toda mi vida, me pidió su dinero, el dinero que su hija trajo al matrimonio.

Mi esposa murió sin hacer testamento y sin sucesión, la ley estaba de su parte y le entregué todo.

He quedado solo en el mundo.

Voy á partir sin saber todavía cuál será el término de mi viaje, sin saber si mañana soplará en mi frente el puro ambiente de la patria, ó si el sol al poner-

se, empalidecerá mi cuerpo desfallecido en extranjera playa.

Solo un deseo puede conservarme la existencia: es el de pagar á mis acreedores.

Quiero salvar mi nombre de la deshonra que luego lo cubrirá, quiero presentarme al mundo mañana, con la frente inclinada por los años, pero libre de toda mancha, de toda vergüenza.

Adiós, amigo.

Tú me señalastes el verdadero camino, y el sendero de la desgracia que me agovia, y yo ciego me precipité en el abismo.

¡Ah! Si todos pensasen como piensas tú, si todas las mujeres fuesen como la que el cielo te ha dado por esposa, ni yo sería lo que soy, ni la sociedad de Santiago sería un abismo.....

Tu amigo, mas que nunca.

ALFREDO.

Miguel al concluir de leer esta carta, sintió las lágrimas correr por sus mejillas.

—¡Oh lujo de Santiago, murmuró, maldito seas!

XI

He llegado al final de mi artículo.

Réstame solamente dos cosas:

Primera: hacer notar que la causa del mal de que nos hemos ocupado, está en la mala educación que reciben las mujeres hoy día, y que el remedio, vista la causa, está en manos de los padres de familia.

Eduquen ellos bien á sus hijas, y librarán á más de mil *Alfredos* de caer en la desgracia, y quitarán sus espinas á más de mil *Rosas*.

Segunda; decir una palabra al bello sexo de Santiago.

Damas santiaguinas:

Si vuestros bellísimos ojos hán tenido la paciencia de deslizar sus miradas por estas líneas, os doy las gracias y espero no quedareis descontentas de mí.

He escrito solamente la verdad de lo que pienso.

Si me he dejado llevar demasiado lejos por mi crítica, no ha sido por odio á vosotras, porque Dios sabe el cariño que para todas mis compatriotas, guarda mi corazón.—Ahora, si me he atrevido á criticar vuestro *lujo*, es por los infinitos males que él reporta, y porque á mi modo de ver, *el vicio debe ser castigado aunque él se esconda entre las alas de un querube*.

Santiago, setiembre de 1884.

R. FERNANDEZ MONTALVA.

